

despreciado, ha acudido á él. Jerusalén es, verdaderamente, en el momento actual, «una casa de oración para todas las naciones.» Igualmente venerada por el judío, por el cristiano por el musulmán, es la ciudad santa de cuatrocientos millones de hombres, y la profecía de Zacarías se ha cumplido al pie de la letra: «En aquel tiempo diez hombres se agarraron á la falda del traje de un judío diciéndole: Iremos con vos, pues hemos oído decir que el Señor está con vosotros.»

Los historiadores críticos de Jesús

Se refiere que Angélico de Fiésole no pintaba sino de rodillas la cabeza de la Virgen y la del Cristo: no estaría mal que la crítica hiciera lo mismo y no desafiara los rayos de ciertas figuras delante de las cuales se han inclinado los siglos, sino después de haberlas adorado. El primer deber del filósofo es el de unirse al gran corazón de la humanidad por el culto de la bondad y de belleza morales, manifestadas en todos los caracteres nobles y los símbolos elevados. El segundo es la incansable investigación de la verdad y la firme convicción de que si el sacrificio de nuestros egoístas instintos pudo ser agradable á la Divinidad, no ocurriría lo mismo con el sacrificio de nuestros instintos científicos. La tímida credulidad que por temor de ver desvanecerse el objeto de su fe, da cuerpo á todas las imágenes, es tan contraria á la armonía y á la buena disciplina de las facultades humanas, como la crítica puramente negativa que renuncia á la adoración del tipo ideal porque ha reconocido que el ideal no siempre está conforme con la realidad. Hora sería de comprender que la crítica, lejos de excluir el respeto y de implicar, como lo suponen las personas timoratas, un crimen de lesa majestad

divina y humana, encierra al contrario el acto más puro del culto. Puede sobre todo pasar por irreverente cuando procura despojar de sus velos la verdadera fisonomía del sublime maestro que ha dicho: «Yo soy la verdad.»

Un instinto tan profundo lleva al hombre á investigar lo verdadero al precio de sus creencias más caras; este instinto constituye para las naturalezas elevadas tan imperioso deber, que la crítica de los orígenes de una religión jamás es obra de los librepensadores, sino de los más ilustrados sectarios de aquella religión. La rama del cristianismo que se apoya más esencialmente sobre la Biblia, es precisamente la que ha creado la interpretación racional de los textos bíblicos: los trabajos más atrevidos sobre la historia de los fundadores del cristianismo provienen de los teólogos cristianos.

Cuando la ciencia laica comenzó á ocuparse en estos difíciles asuntos, no tuvo más que resumir bajo su punto de vista los trabajos emprendidos por la erudición sagrada, y que sólo la teología, preciso es decirlo, tenía en otro tiempo la libertad de emprender. Si en nuestros días el pensador independiente se atreve apenas á tocar á tan arduos problemas, ¿cuál hubiera sido en el pasado la suerte del historiador que sin miramientos hacia la fe de dieciocho siglos, se hubiera permitido citar ante su tribunal á aquel cuya frente sólo nos aparece circundada por la aureola de la divinidad? No es en sus comienzos cuando la crítica pudo pensar en empresa tan atrevida. El día en que puso la mano sobre este último santuario, no hizo más que acabar una larga serie de atentados contra las opiniones recibidas y plantar su bandera sobre una plaza de la que había destruído todas las obras avanzadas,

Estudiad, en efecto, la marcha de la crítica moderna desde el Renacimiento y la veréis, siguiendo siempre la línea de su inflexible progreso, reemplazar una tras otra las supersticiones de la ciencia incompleta por más verdaderas imágenes del pasado. Parece que el luto deba ir unido á cada uno de los pasos que se dan en esta vía fatal, pero en realidad, no hay un Dios de los destronados por la crítica que no reciba también de la crítica títulos más legítimos á la adoración. Primeramente es el falso Aristóteles de los árabes y de los comentaristas de la Edad Media quien cae bajo los golpes de los helenistas de los siglos XV y XVI, y franquea el paso al Aristóteles auténtico y original; después es Platón, quien elevado un instante contra el peripatetismo escolástico predicado en Florencia como el Evangelio, encuentra sus verdaderos títulos de gloria descendiendo del rango de revelador al de filósofo; más tarde es Homero, el ídolo de la filología antigua, quien el día menos pensado parece haber desaparecido de su pedestal de tres mil años, y reconquista su verdadera belleza al convertirse en la expresión impersonal del genio de Grecia; otro día es la historia primitiva, hasta entonces aceptada con un grosero realismo, la que llega á ser tanto mejor comprendida, cuanto más severamente discutida ha sido. Marcha valerosa de la letra al espíritu, penoso desciframiento que sustituye á la leyenda una realidad mil veces menos bella, tal es la ley de la crítica moderna. Wolf solo ha hecho más por la verdadera gloria de Homero que generaciones de admiradores ciegos, y yo me he lamentado siempre no verle figurar en el hermoso cuadro de M. Ingres entre aquellos á quienes la Iliada y la Odisea deben la mejor parte de su inmortalidad.

Inevitable era que la crítica, en esta investiga-

ción apasionada de los orígenes, considerase la colección de obras, productos más ó menos puros del genio hebreo, que desde el Génesis al Apocalipsis forman, según el punto de vista en que uno se coloque, como el más hermoso de los libros sagrados ó la más curiosa de las literaturas. Después de tantos admirables trabajos emprendidos por la inteligencia de la antigüedad griega, latina y hasta oriental, ¿cómo no se habría pensado en la Biblia? ¿Cómo rehuir el examen del más precioso monumento que nos queda sobre la más interesante de las antigüedades? Hubiera sido cosa imposible detener el espíritu humano en esta pendiente. Sin embargo, como la ortodoxia era aún la ley de la vida exterior y hasta de la mayor parte de las conciencias, fueron creyentes los que en un principio intentaron la crítica bíblica. Sencilla ilusión que prueba cuando menos la buena fe de los que emprendieron esta tarea, y más aún la fatalidad que arrastra al espíritu humano, comprometido en las vías del racionalismo, á un rompimiento con la tradición que al principio rechaza.

I

La crítica tiene dos maneras de acometer un relato maravilloso (aceptarlo tal como es, no hay que pensar en ello, pues su esencia es la negación de lo sobrenatural): 1.^a Admitir el fondo del relato, pero explicarlo teniendo en cuenta el siglo y las personas que nos lo han transmitido y las formas consagradas en tal ó cual época para expresar los hechos; 2.^a dudar del relato mismo y dar cuenta de su formación sin concederle valor histórico. En la primera hipótesis se procura explicar la materia

misma de la historia; por consiguiente, se supone la realidad de esta materia. En la segunda, sin pronunciarse de modo alguno acerca de aquella realidad, se analiza como un simple hecho psicológico la aparición del relato; se le considera como un poema, todas cuyas sus piezas han sido creadas por la tradición, que no tiene ó no puede tener otra causa más que los instintos de la naturaleza espiritual del hombre. En exégesis bíblica se da á los que siguen el primer método el nombre de *racionalistas* (porque sólo ellos al principio se opusieron á los supernaturalistas), y se reserva á los partidarios del segundo el nombre de *mitólogos*.

El primer modo de explicación, cuyo empleo exclusivo no podía dejar de conducir á puntos de vista singularmente estrechos, sólo fué conocido de la antigüedad. Evhémeres ha dado su nombre al sistema que, en la interpretación de los mitos, sustituye los hechos naturales á las tradiciones maravillosas. La exégesis protestante fué en un principio puro evhémerismo. Un hombre cuyo nombre no ocupa en la historia del espíritu humano el lugar que merecería, Eichborn, fué el primero en aplicar á la Biblia este sistema de interpretación. Los progresos de la historia y de la filosofía le habían puesto en la alternativa de admitir la intervención divina en todos los pueblos en su edad primitiva ó negarla en todos. Entre todos los pueblos antiguos, observaba, lo que era inesperado y no comprendido, se atribuía á la Divinidad; los sabios vivían en comunicación continua con seres superiores. Fuera de la historia hebraica, nadie está tentado á creer en la verdad literal de relatos semejantes. Pero, evidentemente, añadía Eichborn, la razón exige que se trate á los hebreos y á los no hebreos de igual manera; de suerte que es preciso ó colocar á